

HISTORIA Y

FOLKLORE:

SAGUNTO

Y VALENCIA

Pequeña distancia las separa. Unos cuantos kilómetros. Me refiero a Sagunto, la legendaria, la heroica, la envuelta en el silencio solemne de las cosas idas; y a Valencia, la ciudad mediterránea, toda color, vibración y aroma de flores, en trance de celebrar la más espléndida de sus fiestas populares: las fallas. ¿Quién no ha aprendido desde niño a asociar al nombre de Sagunto el gesto heroico, la fidelidad qui-jotesca y el sacrificio estoico? Y ¿quién bajo el nombre de fallas, no entiende derroche de esplendor y colorido, de todo un pueblo que se lanza a las calles, exhibe su alma mediterránea y difunde su alegría contagiosa?

Quiso el azar que, con pocos minutos de diferencia, presenciara ambos espectáculos: el silencio y majestad de las murallas saguntinas y la festiva algarabía de las fallas valencianas. Hon-do contraste, al parecer. Salto de siglos. Pero el mismo contraste me impulsó a buscar un nexo que enlazara la Sagunto de ayer —solemne y silenciosa— con la Valencia de hoy, festiva y risueña. Vayan estas impresiones de viaje, tal como fueron tomadas.

Sagunto, la legendaria.

Pocas ruinas sobrecogen con tan honda impresión en toda Europa como estas crestas saguntinas, coronadas de murallas, almenas y torreones. En ellas yace esculpido el paso de múltiples civilizaciones, en el correr de más de treinta siglos.

Léese la presencia de los Iberos —raza indómita— en los muros ciclópeos que aún avanzan, amenazadores, debajo del Espolón. Cuentan su historia: las monedas recogidas en las excavaciones, los restos de cerámica y el altivo león que guarda la entrada del museo.

Dejaron su huella: los celtas, los fe-

nicios, los griegos, los romanos, los cartagineses, los árabes, los soldados de Napoleón.

Inmenso museo de piedra, fácil es reconocer la presencia romana en la estructura fundamental de las fortificaciones, en la calidad de la construcción y en la maravilla de su teatro, primorosamente conservado. Además, acá y allá, en la actual población de Sagunto, han ido aflorando restos de la civilización romana: desde el magnífico mosaico que se exhibe en el museo (y que fue hallado en el actual mercado saguntino), hasta una pequeña águila imperial, colocada hoy al lado de unas cuantas águilas napoleónicas, halladas entre las ruinas del castillo. Del paso de los árabes dan elocuente testimonio la parte superior de algunas murallas y la puerta Amenara. Algunos minaretes se deben a la presencia de las tropas napoleónicas.

Sagunto ha sido teatro continuo de hazañas y heroísmos pero todos ellos se oscurecen al lado de la gesta saguntina en su resistencia contra Aníbal. A la luz de estas ruinas, fácil es seguir la narración de Tito Livio.

Sí, aquí, fue donde la población de Sagunto, sin esperanza ya de salvación, reunió todos sus tesoros y los entregó a las llamas, antes que aceptar las condiciones impuestas por Aníbal. Y en aquellas murallas las madres degollaron a sus hijos y, luego, se arrojaron de lo alto. Unos cuantos pilares rotos, una inscripción romana, un ángulo en que se agolpa lo ibérico, lo romano y lo árabe... allí, en la plaza de armas, tuvo lugar el gesto supremo, el holocausto definitivo de la ciudad, fiel a Roma, con lógica qui-jotesca. Cuando penetraron las tropas de Aníbal, reinaba un silencio absoluto. Fuego y cenizas.

Estas escenas de sangre y heroísmo se reviven de vez en cuando en Sagunto. Allí, en el teatro romano, donde antaño se representaron las tragedias griegas, se exhibe cada año la "toma de Sagunto". Una compañía de teatro alemana se encarga de hacer hablar de nuevo a las piedras. Partiendo del mismo teatro romano, los artistas toman por escenario la montaña entera. Al vivo representan la caída de Sagunto: el trepar de los soldados, el asalto de las murallas, la siniestra hoguera. Grandioso eco, que perpetúa, a través de los siglos, el temple heroico de un pueblo.

Valencia, la fallera.

Valencia, ciudad típicamente mediterránea, ostenta a lo largo del año una fisonomía risueña y festiva: envuelta en su cielo azul y bajo un sol brillante que ilumina los naranjales de su huerta y la profusión de sus flores. Además, la población se pasa parte de su vida en plena calle.

En los días de las fallas, este aspecto sonriente de Valencia se refuerza y cobra ésta visos de ciudad oriental: el colorido de los trajes, el apretujamiento y algarabía de los transeúntes (la población se duplica, llegando a rebasar el millón), el retumbar de las "tracas", el arabesco luminoso de los fuegos artificiales. Diríase una ciudad de las mil y una noche.

No que Valencia no posea una historia, grandiosa y austera, como Sagunto. Pero queremos considerarla aquí, precisamente, bajo el ángulo de sus fiestas falleras.

Origen más bien modesto y prosaico tuvieron las fallas. Aludiendo está la palabra (falla, en valenciano, significa hoguera), a la costumbre que en tiempos pasados existió de reunir, en determinada época del año (por la fiesta de San José), los trastos viejos e inservibles de las casas, amontonarlos en piras y quemarlos. Con esa especie de catarsis doméstica, despejadas quedaban las casas. Y también, simbólicamente, las conciencias. Se empezaba, cuenta nueva. Poco a poco, el montón de trastos fue evolucionando: se le empezó a dar forma artística. Más adelante, cobró simbolismo. Y héte aquí cómo, con el correr del tiempo, lo que empezó siendo un montón informe de trastos, se convirtió en monumento artístico popular.

Eso es, en efecto, en la actualidad una falla: un monumento artístico, hecho de cartón, madera, cera, que encierra una significación simbólica. Algunas sirven de propaganda para determinado producto. Otras aluden a episodios locales o a tipos callejeros. Las de más allá contienen una crítica velada contra determinadas condiciones económicas o sociales. Todas ellas revelan ingenio, chispa y sañero popular. Todas suponen arte, maestría y paciencia. Tras cada falla se oculta un grupo de valencianos —vecinos de la misma calle o barrio— quienes se han reunido, proyectando la falla, recaudando el dinero, encomendando la ejecución a uno o más artistas falleros. Cada falla

supone comisiones especiales, propaganda, organización. Es, pues, obra de colaboración popular. Es expresión plástica del alma misma del pueblo, maliciosa, picaresca, irónica, festiva, rumbosa, y hasta estrámbotica. Es índice de un arte siempre en gestación, cada año renovado.

Desde el punto de vista económico, las hay costosísimas, llegando a valer algunas hasta trescientas mil pesetas. Entre las diversas fallas se abre un solemne concurso. Jueces especiales dictaminan sobre el valor artístico y confieren los respectivos premios.

Desde un punto de vista formal artístico, fuerza es confesar que la mayoría de las fallas resultan demasiado complicadas. Es un conjunto abigarrado de figuras. Cada una de éstas, de por sí, posee verdadera perfección artística, dentro de su género popular. Pero en la mayoría se echa de menos más sobriedad en el conjunto y más pureza de concepción y de líneas. Por ello, se hace difícil dar rápidamente con la interpretación simbólica única, aparte de que están recargadas de alusiones locales. Contribuye a dificultar la interpretación el hecho de estar los libretos-guías en valenciano, no asequible a los más de los forasteros.

Alrededor de la falla —como eje de cristalización— se despliega el arte y las fiestas falleras. Arte múltiple: poesía, danza y música, desfiles, trajes, pirotecnia. Fiestas densas y complicadas. Una serie de actos prepara, durante varios días, la solemne instalación de las fallas (plantarlas, se dice en Valencia). La cabalgata de los muñecos (ninots), el desfile infantil, competiciones atléticas, corridas de toros, etc. Tres días antes de San José (19 de marzo), tiene lugar la instalación de las fallas. Cada una de éstas posee un cuerpo especial de falleros, integrado por niños y niñas, desde los cuatro años, por jóvenes y por una banda de música. Todos van ataviados con trajes típicos valencianos, propios de las fallas. Este conjunto desfila con frecuencia por las calles. Este año resultaron unos ciento treinta conjuntos, correspondientes a otras tantas fallas.

Entre los actos, uno de los más vistosos y conmovedores es la ofrenda de las flores a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia. Ataviados con todo esplendor, van desfilando los ciento y tantos conjuntos falleros delante del tapiz de la Virgen, todo hecho de flores, y van depositando a sus pies la ofrenda simbólica.

Como temas, las fallas de este año han presentado los siguientes: las reformas de la ciudad (paso subterráneo, ordenación del tráfico, falta de viviendas, pasos a nivel, monumentos a los valencianos ilustres, saneamiento de las playas, plaza de toros, jardines, puerto...); la carestía de la vida; el "gamberrismo"; los servicios públicos y sus deficiencias; el abuso de la propaganda en la radio; los ruidos de la ciudad; temas caseros y familiares; asuntos internacionales: Canal de Suez, despotismo soviético, cohetes dirigidos, bomba de hidrógeno, etc., etc. Como comentaba un periodista: "los valencianos, por una paradoja más, de nuestro carácter franco y sincero, en nuestra fiesta mayor, nuestra gran fiesta internacional, llamamos a todos los forasteros para que vengan y nos burlemos juntos de nuestros propios defectos. Es como si el día de nuestro santo a los invitados los lleváramos a la cocina o al cuarto trastero, en vez de pasarles a un elegante recibidor. De aquí la originalidad incomparable de nuestras fiestas..."

Hecho curioso: las fallas, monumentos artísticos, han de ser quemados inexorablemente la última noche. Complicado ceremonial: primero y al mismo tiempo, todas las fallas, menos la que se levanta en la plaza del Generalísimo. Esta, la más artística y costosa, concentrará las miradas de todos a la una de la noche. La quema ("cremá") de las fallas va precedida por el tiroteo despiadado de las tracas y por fuegos artificiales. Las mismas fallas llevan en su interior fuegos de artificio y explosivos. De esta forma, a la misma hora arden en Valencia ciento treinta hogueras, brillan otros tantos surtidores de luz y colorido, y truenan todas ellas con ruido ensordecedor.

De toda la brillante exhibición artística, sólo se salva un muñeco: aquél que, a juicio de un jurado, merezca ser rescatado de las llamas por su indiscutible valor artístico. Con estos muñecos indultados (ninots indultats), se ha formado un museo, donde figura el violinista callejero al lado del piel roja.

Y ya ha llegado la última hora de la última noche. Valencia no puede contener en sus calles, a pesar de ser anchas y modernas, el millón de seres que por ellas se apretujan. Nativos y forasteros, venidos de Europa y América, forman una sola masa compacta y vibrante. Las avenidas que desembocan en la amplia plaza del Generalísimo están ya bloqueadas. Se apagan las lu-

ces. Comienza el tiroteo de petardos. Suben penachos de luces que se desflecan, allá, en lo alto, en surtidores verde topacio, rojo sangre o amarillo naranja. Media hora dura este retozo. La ciudad gasta más de dos millones en puro ruido. Mucho más en las fallas. Después de media hora de estas cábriolas, toca su turno a la falla principal, fuera de concurso. Este año ha representado la Fuente romana de Trevis, la llamada fuente de los deseos. Se expresan éstos plásticamente. Cesa de pronto de correr el agua multicolor de la fuente. El fuego ataca por los cuatro costados. Suben tanto las llamas que se impone la intervención de los bomberos. Los últimos muñecos, emparamados, se resisten al embate del fuego. Al fin, vencidos, se repliegan trágicamente, contorsionan y caen. Todo ha terminado. Montón de cenizas. Escombrera. Purificación. Cuando amanezca, ningún rastro debe quedar de las fallas: sólo plazas y calles limpias y relucientes. A las pocas horas diríase Valencia una ciudad desierta. Pero en sus habitantes palpita el júbilo de haber celebrado, una vez más, la fiesta fallera: la fiesta brillante, por excelencia, típica, doméstica, oriental...

Heroísmo y regocijo: Sagunto y Valencia.

A primera vista, podría parecer que ningún vínculo une entre sí a Sagunto, la legendaria, con Valencia, la rumbosa. Puro contraste se nos dirá. Pero tras el contraste, séame permitido encontrar puntos de contacto.

Por de pronto, en las mismas hogueras, eje y centro de las fiestas. Yo diría que aquella siniestra hoguera saguntina, encendida en momentos de heroísmo, fue la primera gran falla del Levante español. Gesto estoico de supremo desprendimiento: quemarlo todo, antes que entregarlo al enemigo. Es exactamente el criterio que preside en las fallas: quemarlo todo antes que venderlo o conservarlo. Un inglés ofreció este año, inútilmente, un millón, por la falla de la Fontana. Las riquezas de Sagunto amontonadas, se esfumaron en un instante de holocausto. En las fallas, ensueños y proyectos de todo un año, paciente labor de centenares de artistas, todo ello se volatiliza en pocos minutos. ¿No late, en ambos casos, el mismo gesto de olímpico desprendimiento? En ambos casos, el fuego tiene la última palabra. Extraña herencia espiritual: el valenciano trabaja, a lo largo del año, para las llamas. Diría-

se que tributa culto al dios-fuego, que todo lo consume y purifica. Extraño contraste: escombros y cenizas, como remate de la más rumbosa de las fiestas. Impulso simultáneo hacia la vida y la muerte. Creación y caos. (Pero, ¿no afirman los psicólogos que allá, en el oscuro subsuelo del mundo inconsciente, se tocan los impulsos biótico y tánico?). Un acre olor sacrificial queda flotando sobre la ciudad, mientras la muchedumbre se retira en silencio: todo ha terminado.

Además de este punto de contacto entre Sagunto y Valencia —olímpico desprendimiento y culto al fuego— existe entre ambas un nexo aún más fuerte. Ellas representan dos momentos palpitantes en la vida de una nación. Sagunto, con sus murallas, es la historia heroica. Valencia, con sus fallas es el pueblo que se define y expresa. Proyección de ayer y efervescencia de hoy de una nación. Libro de piedra, en cuyas páginas palpita esculpida la gesta marcial; explosión artística de un pueblo que encauza su alma, la pule y manifiesta. Ambas son indispensables para la vida de una nación. Pueblo sin libro de piedra de heroísmo, pueblo eunuco. Pueblo que no sabe cantar y modelar, con aire propio, su propia alma, pueblo vetusto y servil.

Inútil ponderar el valor social y patriótico de ambas realidades: las viejas murallas y las risueñas fallas. Las primeras dan hondura en el pasado; las segundas, conglutinan y compactan, haciendo que el alma arraigue cada vez más en el suelo patrio. En las fallas valencianas, todos trabajan, todos colaboran. Cada falla es monumento expresivo de un esfuerzo común. Esfuer-

zo en que se ha amalgamado el alma de la ciudad, lo regional, lo típico y lo propio. ¿Qué medio más eficaz, para definir y afianzar la fisonomía típica de un pueblo que este cauce artístico y popular? De ahí se explica —como consecuencia psicológica— el hondo apego de los valencianos a su tierra y a sus fiestas falleras: forman ellas parte del aire que respiraron desde niños... Porque apenas de cuatro años, vistieron sus galas, y recorrieron sus calles en brillante desfile y sus ojos deslumbrados contemplaron la estruendosa pirueta de los petardos. Y más tarde ellos mismos, proyectaron, costearon y tal vez ejecutaron uno de esos relicarios de arte popular.

En presencia de Sagunto —la silenciosa— y de Valencia —vestida de fiesta— permítasenos una última reflexión. En nuestro siglo, de ajeteo y trajines mercantiles, muchas cosas pueden ser importadas: desde el lujoso Cadillac, hasta la modesta semilla. Demasiado acusada es la tendencia de las naciones a importarlo todo, soslayando lo propio. Pero una cosa no podrá nunca ser importada: las murallas de Sagunto o las fallas de Valencia. Pertenecen éstas al género de realidades que brotan del sagrado subsuelo de una nación. Por eso son imperecederas. Por eso se las cuida y miman. Que las murallas —como finas reliquias— continúen en pie; que el pueblo siga expresándose en el espejo candente y multicolor de sus fallas.

Elocuente lección de estas naciones de la vieja Europa: miman su ayer, mientras bruñen su alma de hoy. Edifican conservando, no destruyendo.

Valencia, (España), Marzo de 1957

CARLOS G. PLAZA, S. J.

